

Viene sudoroso, cansino, húmedo, algo lunático, desquiciado. Parece que va a nacerle la hierba, de un momento a otro, en las manos, en la frente, en el pecho que deja ver bajo una camisa desteñida, terrosa, destrozada.

—¿Qué ocurre?—le pregunto.

—Hay un hombre muerto en el Barranco. Dijo no se cuantas cosas más de la justicia, de la familia, del susto.

Sobre mis pasos vuelvo y pronto estoy frente a frente del hombre muerto. Está sanguinolento—lo tengo aquí delante, lo puedo coger si quiero—, los ojos abiertos, locos, verdosos, turbios por donde hormigas amanecen en lágrimas de luto. Despeinado, sucio—como si hubiese luchado con la tierra—, roto. La sien derecha denota que ha manado sangre, ya casi negra, que mancha la hierba, las piedras, la cruz de hierro, el campo. La frente, dudosa vista de lado, cara a cara dice algo de serenidad absurda. Beben en la sangre moscas azules, pardas, gordas, y bebe el sol. Lo miro atento porque es mi cadáver. Me pesa en el alma—que creo es en lo que estoy—haberme matado. Me produce asco mi cadáver. Y esas manos a medio abrir....

* * *

Año sonámbulo por el pueblo.

—La autopsia es a las cinco—, dice una fuerza viva a otra fuerza viva.

—Tenía que terminar así—, dice un viejo a otro viejo.

—¡Qué horror!—comentan dos jóvenes.

Escucho los comentarios y bromas sobre mi suicidio hasta que suenan las cinco cinco campanadas que me golpean en la espalda hasta llevarme al cementerio.

A la izquierda del cementerio, oliendo a cadáver destrozado, está el depósito. Dentro, sobre una mesa de mármol—tan frío que hasta mí llega su blancura helada y dura—, mi cuerpo desnudo, exacto y solo.

Serraron mi cabeza y me ví los sesos.

—Aquí—explica un médico a su alumno—se encuentra la gracia. Y aquí, el recuerdo.

Yo veo pasar por esta parte de mi cerebro, como en cine, a toda mi familia.

Mi mujer cose, el chico juega y pide pan, mi madre va de un lado a otro.

Allá, lejos, la mesa; el florero tiene las flores muy pasadas. El cuadro aquel... No puedo mirar más, uno de los alumnos tiene mi corazón en la mano.

—Está V. pálido, D. Jacinto—, me dice el Juez.

—Está V. mareado—, aseguran otros.

—Oiga, señor Juez, es que ese es mi cadáver.

—No pierda V. nunca el buen humor—, me contesta riendo.

Miro los papeles que en la mano tiene recién escritos, cuyas letras me recuerdan las hormigas que hace unas horas me nacían en los ojos.

—Este pobre—me aclara— tenía que terminar así: Demetrio Díaz Cubil. ¿No recuerda?

—Sí, sé quien es. Yo creía que se trataba de mí. Yo me creía el suicida.

El Juez volvió a reír.

* * *

Por el cementerio ando en busca de las tumbas de los míos. Sobre la tumba de mi madre, lloro. Cuando me levanto, me siento hombre nuevo. Siempre después de llorar me he sentido hombre nuevo, pero esta vez, además, recién maduro.

EL SUEÑO DE WILHEM

¡Qué día, Dios! Desde el amanecer no había dejado el enemigo de lanzar sus oleadas al asalto—una...dos...tres...—con la tenacidad y monotonía de un péndulo de segundos.

Apenas quedaba un puñado de hombres en aquel minúsculo «erizo», perdido en la inmensidad del frente del Este. Los demás habían abandonado «el infierno», con la seguridad de que el que encontrasen, si con él topaban, por desgracia, no había de ser peor que el que dejaban; o yacían aquí y allá, mal entrapajados los miembros sangrantes, y el rostro cárdeno por el calor y la fiebre.

A las tres de la tarde, el sol, que repartía con ejemplar equidad sus abrasadores rayos sobre unos y otros, impuso la tregua. Fueron espaciándose los broncos morterazos, los secos castañetazos de los tanques, los perrunos mordiscos de las ametralladoras, y todo quedó en silencio. Un silencio denso, que, sin tóxico, podía decirse de muerte.

Reunió el teniente a los pocos que quedaban. Había que aprovechar el respiro, cuidar de los heridos, cumplir con los muertos la última obra de misericordia. En todos los rostros, sombríamente impasibles, podía leerse la misma interrogación: ¿Para qué? Dentro de unas horas...mañana...¿quién había de preocuparse porque ellos descansasen, bien arropaditos en el lecho maternal de la tierra?

Pero la orden se cumplió. Ese último resto de civil convivencia que es capaz de despertar una imperiosa voz de mando, triunfó del fatalismo y los hombres tomaron los útiles para la macabra tarea. Allá fueron Erich, el veterano que, siendo un chiquillo, se había batido en el Somme, en 1915; y Ernest, que todos los días hablaba de su granjita luminosa a orillas del Donáu; y Wilhem, con sus zancas largas y huesosas de adolescente, sus pelillos, como estambres, en el labio, y sus ojos azules, prematuramente endurecidos por el reflejo gris azulado del casco.

Cráneos descabalados, rostros trágicos, vientres inflados como odres, pingajos, podredumbre, miseria, moscas, moscas... Wilhem, que había estudiado ya su poquito de filosofía en el Gimnasio, intentó meditar: «Si fuéramos sólo esto... ¡qué poca cosa! Nada...nada... Y de pronto le entró el horror a la muerte; sintió que las bascas le subían a la garganta, y se nublaban los ojos, y se le doblaban las piernas; y cayó hecho un ovillo, como si le hubiese fulminado un balazo.

Pero su espíritu continuaba extraordinariamente lúcido, las imágenes desfilaban con absoluto relieve y nitidez, y sentía la extraña impresión de que estaba viviendo muchos años en pocos segundos.

Vió primero una larga sala, toda blanca, con camas alineadas a ambos lados en toda su longitud. Cada lecho estaba ocupado por un anciano, y todos los rostros eran largos, arrugados, tristes. Nadie hablaba. Ni un solo ser juvenil y riente ponía su nota alegre en aquel cúmulo de melancolías. Aque-

lla sala no estaba ocupada por hombres y mujeres vivos, sinó por fantasmas de recuerdos. Ni una ilusión de futuro, ni una esperanza... Wilhem huyó despavorido.

Vió después una larga fila de viejos de ambos sexos que salían de un gran edificio. Adornábanse con los más estafalarios atuendos y no era raro contemplar el extravagante matrimonio de un soberbio chaquet con unos recomendados pantalones de dril; o una magnífica falda de seda con unas agujereadas alpargatas. Producían la penosa impresión de tontos de circo, imposibilitados ya para el trabajo, y que seguían vistiendo los harapos con que en otro tiempo excitaban la fácil y pura hilaridad de los niños. Eran ramillas secas, desgajadas de la especie; cenizas de la sociedad, que no sirven, y se amontonan para poder aventarlas mejor. El asilo... ¡Asco! Y Wilhem huyó por segunda vez.

Sin saber por donde pasaba, fué a parar a una hermosa vía. Frondosos tilos la flanqueaban y el aire estaba embalsamado. ¡Qué bien se respiraba allí! Wilhem, sudoroso y jadeante, fué a sentarse a la sombra de un magnífico árbol. Estaba solo, y sintió que los párpados se le cerraban en una dulce somnolencia. De pronto despertó sobresaltado: un anciano demacrado, pálido, hambriento, tendía su mano a él y suplicaba:

—Una limosna, señor, que soy viejo y no tengo a nadie en el mundo.

Wilhem se estremeció, porque, detrás de aquél, venía otro, y otro luego, y muchos después; todos demacrados, todos pálidos, todos hambrientos todos solos, todos ¡todos solos y sin nadie en el mundo!

Esta vez corrió como un loco; y corriendo, notó que se abrían su ojos, y se encontró tendido en el suelo, rodeado por sus camaradas, que le atendían solícitos y murmuraban:

—¡Pobre muchado! Es tan niño todavía...

Pero el niño, en estos breves segundos, había perdido el miedo a morir. Incorporóse de rodillas, levantó los brazos al cielo y exclamó:

—¡Señor, concédeme como a los héroes, morir joven y con las botas puestas!

Y el Señor le oyó. Aquella noche, a la hora hache, se representó el acto final de la tragedia. El «erizo» cayó en poder del enemigo, y Wilhem compareció ante Dios, con las bötas puestas, los azules ojos más infantiles y risueños que nunca, y alborotadas las greñas de oro, entre las que corría un hilillo de sangre.

Cáceres, Junio de 1947.

EUGENIO PAYO.

LLAMAS DE CAPUCHINAS

POR JOSE CANAL ROSADO

—
Mi calendario siente los domingos el rubor de no hacer nada.

—
Hay unas persianas modernas que son los párpados de las ventanas.

—
Hay unos palos del telégrafo a los que han salido yemas de cristal azul.

—
El papel de calco recuerda esas personas que escuchan detrás de la puerta y cuentan luego lo que oyeron.

—
Los cables subterráneos son los nervios de la ciudad.

—
El melocotón es un adolescente.

—
Cuando el hombre se habituó a los chalecos de cremallera, dejó de temerle a la operación del estómago.

—
La línea curva es el hijo calavera de la Geometría.

—
El reloj de repetición es como ese molesto sermoneador que no se harta de machacar con sus consejos.

—
El acto de cortarse las uñas supone algo así como un propósito de enmienda.

—
El vicio infantil de escribir en las paredes es un atavismo epigráfico-rupestre.

—
Cuando andamos por un piso encerado sentimos la angustia de la existencia de la gravedad.

—
Aquella mujer era ya una planta tan mustia que ni le florecían de pendientes las orejas.

—
Un sillón entre varias sillas tiene siempre cierta personalidad.

—
Las gallinas cuando beben lo hacen siempre como si rezaran.

—
Los olivos, vistos de lejos, habían vestido de pana al campo.

—
Las modernas construcciones tienen espinas de hierro.

—
El reloj de bolsillo es el corazón del chaleco.

—
De pequeño, siempre me pareció el planeta Saturno la cabeza de un picador.

—
El matrimonio es al amor como el vinagre al vino.

